

SENTIDO SOCIAL DEL OTOÑO



duraderas y menos salvajes que las naturales. La sociedad renueva en los otoños la vida cultural, como la naturaleza los sentidos en primavera. Todo se abre, incluso la esperanza, en las gentes y las instituciones.

Desde los Tribunales a las Universidades, la «reñtrée» es general y profunda porque, junto a la reactivación de lo social, se hace una inevitable entrada en el interior de la conciencia.

Otoño consagra las fiestas del espíritu y de los espíritus. La de las madres inmaculadas, todos los santos y todos los difuntos. O sea, concepción de la vida personal y vida, con la muerte, de la especie. Las hojas caen para que otras nazcan del mismo árbol. No hay ahí consagración de la vida individual, como en primavera, sino consagración de la vida de la especie. Fiesta, pues, de la humanidad. Y como las fiestas del espíritu no pueden celebrarse y triunfar sólo por el espíritu, la sociedad pone la decoración mundana y la naturaleza las engalana con nubes de incendio y luz de oro disuelto. ¡Otoño, en España!

Antonio GARCÍA TREVILJANO

LA REALIDAD VIRTUAL



«En el futuro nuestras vacaciones serán muy distintas, Vd no necesitará viajar a un lugar de la costa y desplazarse a la playa para gozar de sus delicias. En el interior de su propia casa los recursos de la realidad virtual crearán dicho ámbito, y le harán sentir las sensaciones que experimentaríamos sumergiéndose en las aguas marinas y gozando de las caricias del sol». Algo muy parecido a estas proféticas palabras he podido escuchar con tanta sorpresa como regocijo en una emisión de TV un día de este recién fenecido verano. No parecía una broma sino un pretencioso alarde de clarividencia futurista. Y, se dirá, ¿por qué no aceptar tal fantasía? ¿No estamos asistiendo a la realización de tantas maravillas que en anteriores tiempos parecieron puros sueños? El escenario apuntado no dejaba, por demás, de resultar muy afín con el mundo que en nuestro derredor se está creando. Con el universo crisálida que en el entorno de los hombres, mujeres y, no digamos, niños de nuestros días se está tejendo, aislándoles de la realidad viva.

La imagen de tan singular porvenir puede tener aspectos seductores. Especialmente para un ser humano que acabe de emerger agotado

de un atasco automovilístico y, además, escuche por la radio el número de víctimas que la escapada veraniega ha producido. Añadamos, aún, la posibilidad de que los mecanismos virtuales nos creen el panorama de un mar embravecido

en cuyo seno somos agitados por terribles olas, sin que nadie nos impida el baño, pues no existe bandera roja prohibitiva, al haber desaparecido todo peligro, aunque, por mayor emoción, se nos puede aportar la fantasía de un socorrista virtual que nos salva y de una clínica en que somos atendidos, para superar las consecuencias del estremecedor lance. Pero, en este mundo todo tiene sus contrapartidas, y, así, se anuncian otros riesgos en el horizonte. Por ejemplo, los atascos automovilísticos pueden ser sustituidos por colapsos en la red que nos suministra las virtuales imágenes, impidiéndonos entrar en tal paraíso o expulsándonos de repente de él, con la consiguiente y traumática irritación. Y, evidentemente, no afrontaremos las amenazas de las furias de Poseidón, pero sí las de unas obesas carnes engordadas en tal pasividad, que requerirán cuidados médicos ya nada virtuales. Carnes, por otra parte, blanquecidas, a no ser que la sesión virtual sea completada, por otra, con rayos UVA.

La realidad virtual: con sus últimos desarrollos se ha dado un paso de gigante. Antes la mera contemplación de la pantalla troquelaba, ciertamente, nuestra mente y nuestra fantasía, convirtiéndose en poderosa arma de quien organizaba sus mensajes. Pero, ahora, desbordando nuestras potencias pensantes e imaginativas, asistimos a la vivencia total de un mundo artificial creado y servido por la industria. En sus orígenes semejante creación de un ámbito ficticio, reproductor imitativamente de ciertos aspectos de la realidad, podía representar un entrenamiento para adentrarse con destreza en la riqueza de lo real. Tal como ocurre con los simuladores de vuelo en que se entrena a un piloto. Pero ¿qué ocurriría si tal piloto nunca asciende a un avión y pasa su vida jugando en el simulador? La vida, como en Calderón, se convierte en sueño. La gran diferencia reside en que Segismundo, desconcertado, es traído y llevado de un ámbito a otro, mientras que el usuario actual de los artificios virtuales es un cliente, que escoge el sueño en que quiere sumirse y que le es servido por una industria, que ya sería demasiado limitado calificar de «industria de la conciencia», al modo de Gouldner, ahora se ha levantado a «industria de la vida simulada».

Y ya, por el camino de nuestros grandes clásicos, podríamos recordar a Don Quijote montado en Clavileño. También aquel fue un vuelo virtual, aderezado, además, por los fueles y las estopas que, azotándole con ficticio viento y chamuscándole las barbas, le hacían creer que atravesaba las regiones del espacio, descritas por la cosmología de la época. Los Duques se burlaban de Don Quijote. ¿Qué nuevos Duques se burlan de los actuales humanos? De humanos que, a diferencia del Caballero de la Triste Figura, pueden merecer la burla pues no emprenden su viaje ya para luchar con bárbaros gigantes, sino para distraer su aburrida vida.

Juan BRAVO

JUBILACION CON MÉRITO

Hay personas, y colectivos a quienes la guerra de las pensiones les trae al fresco: tienen su jubilación más que asegurada y no se van a preocupar por unos pocos miles de pesetas de diferencia al mes en sus ingresos. Eso es precisamente lo que les ocurre a un selecto grupo de altos mandos militares.

Si hay que hacer caso de lo que cuenta el espía militar, alcanzar la cúpula de las Fuerzas Armadas, es decir, ser en algún momento Jefe del Estado Mayor de uno de los tres ejércitos, o presidir la Junta de Jefes, claro, asegura una tranquila y despejada vejez.

Magnífico servicio han debido prestar al Gobierno cuando ha ordenado, insiste el es-

pía, que estos destacados militares, alcancen el máximo nivel en la Orden de San Hermenegildo, que concede las condecoraciones que premian a los profesionales con más de cuatro lustros de vida militar sin manchas en sus hojas de servicios.

Y es que estar en la cima de esta Orden no tiene límite de edad y, además, lleva aparejado un sobresueldo de unas 200.000 pesetas al mes. No ha extrañado, pues, a Juan Bravo escuchar en círculos militares que, en el fondo, los Jefes de Estado Mayor son como los ministros; bienes del Estado y con derecho a pensión vitalicia.



Carlos PARÍS

La influencia de las estaciones en las conductas y sentimientos de los hombres instalados en civilizaciones solares, pese a estar mitigada por el acondicionamiento artificial de los hábitáculos modernos, sigue siendo motivo de inspiración para poetas del sentimiento, y de reflexión para escritores de la conducta. Todas las estaciones tienen sus encantos y fastidios sociales. Pero siempre se viene dando a la primavera la palma de oro; al otoño, la de plata; al verano, la de bronce; al invierno, la de hierro. Las discrepancias en esta jerarquía es cuestión de latitudes. No es el mismo otoño en el Moncayo que en la Vega de Granada. Ni la primavera en los valles asturianos que en las llanuras manchegas. Mientras duró la civilización agrícola, la sociedad acompañó sus tiempos de fiesta y ocio a los de cosecha y reposo en las faenas del campo. La urbanización y la programación masiva de los días de asueto cambiaron, en las sociedades industriales, el sentido natural de las estaciones. Por la renovación general y repentina de la vida urbana, ahora parece que, terminado el verano, entra con el otoño el encanto perdido de la primavera en España.

Naturaleza y sociedad se han separado. Entrando y saliendo de las escuelas bajo la sombra otoñal de sus madres, los bulliciosos críos prestan a la ciudad, con árboles de doradas cabelleras, la algarabía de la vida que en la naturaleza rumea con el verdor de la primavera. Naturaleza y sociedad se desconocen. Acudiendo y escapando de las fábricas y oficinas, por caminos de asfalto y orientación de encrucijadas, ríos de mujeres y hombres anónimos concurren animados a las fuentes del sustento y se dispersan apresurados, como hormigas sin alas, hacia lejanos hormigueros. Naturaleza y sociedad se enfrentan. Sólo con la vista y el tacto, los sentidos no pueden catar las cosechas. Las frutas insípidas no han madurado en frutales, las hortalizas aguachentas no han crecido en huertas aireadas, los caldos de la vendimia no han reposado en las bodegas. Y lo que viene del mar, la granja o el pasto, llega congelado. Paladear en la mesa algún sazonado de animal sano se hace aún más raro que topar en la ciudad con una persona sabia.

Y, sin embargo, naturaleza y sociedad, divorciadas desde que los días se emparejaron a las noches, se reconcilian y se abrazan en prometedores encuentros amables bajo la templanza del sol y las dulces lluvias del segundo equinoccio. La nueva mocedad retoza y se enlaza en los «campus» de la docencia, con unos ramilletes de libros encapullados que, como exóticas flores de invernadero, se abren con desgana en la siguiente primavera. Las alfombras de colores, los abigarrados tapices que no pudimos admirar más de un día en los verdes prados, adornan las riberas de las anchas calles y se meten en los escaparates de las primicias sociales. Más bonitas y menos excitantes, por ser más